

Que acceda, y será tratado
 Como cumple á su decoro,
 Que en ello le iba la vida;
 Que se resolviese pronto.

Y cedió bajo el impulso
 De un terror supersticioso
 Que ha tiempo le han sugerido
 Papantzin y los astrólogos.

Juzgó ya llegado el tiempo
 De bajar del alto solío,
 Cumpliendo con el mandato
 De los dioses poderosos.

En litera y con la guardia
 De sus nobles, salió á poco,
 Y al cuartel del castellano
 Llegó conducido en hombros;
 Y en un oscuro aposento,
 Despues de quedarse solo,
 Dejó que corriera el llanto
 Por sus mejillas, copioso.

Vencido quedó Narvæz
 Y sin dar el tiempo plazo
 Tornó á México orgulloso
 Del nuevo mundo alcanzado
 Triunfos, emperos, el contento
 De su pecho sobrehumano
 Al encontrar á los suyos
 En grave apuro sin embargo
 Pues halló que los guerreros

ROMANCE III

Y los nobles mexicanos
 Sufrir mas tiempo no querían
 La prision del soberano
 Y halló que disperso en masas

EL COMBATE.

Hicive atroz el poblacho
 En azotes y tortes
 Y alrededor del palacio

Cortés partió á Cempoala
 Donde estaba rebelado
 El protervo Pánfilo Narvæz
 Con ochocientos soldados;
 Y Moteuczoma cautivo
 Queda en el ibero campo
 Bajo la ruda custodia
 Del capitan Alvarado.

Vencido quedó Narvaez,
Y sin dar al tiempo plazo,
Tornó á México orgulloso
Del nuevo triunfo alcanzado.

Turbóse, empero, el contento
De su pecho sobrehumano,
Al encontrar á los suyos
En grave apuro alarmados;

Pues halló que los guerreros
Y los nobles mexicanos,
Sufrir mas tiempo no quieren
La prision del soberano;

Y halló que disperso en masas
Hierve atroz el populacho,
En azoteas y torres
Y alrededor del palacio;

Y á los españoles lanza
No sin perjuicio y estragos,
El proyectil de sus hondas
Y el golpe aleve del dardo!

Combates hay dia á dia
En las plazas y en los atrios,
Y arroyos zanján las calles
De sangre roja de bravos.

En su encierro Moteuczomá,
Desde un balcón enrejado,
En cotidianos combates
Ve morir á sus vasallos;

Y teme verlos vencidos
En la lucha al fin y al cabo,
Y que su reino y su trono
Quede en poder de los blancos.

Y... que tristes pensamientos
Vinieron á fatigarlo
Robándole al sueño dulce
La grata paz y el descanso!

De las insignias reales
Vestido, y grande aparato,
En la azotea mas alta
De su prision, rodeado
De sus decanos ministros
Y de un sacerdote anciano
A quien el pueblo venera
Por su virtud y sus años.

En silencio aun mas profundo
 Los guerreros aztecanos
 Quedáronse sumergidos,
 Pero solo un breve rato;
 Pues cual suele en la espesura
 Del monte escucharse airado
 El ronco rugir del mixtli,
 Que á su hambre no encuentra pasto,

Así se oye la voz ruda
 De Quauhtemotzin, que alzando
 Con brazo nervudo y fiero
 La visera de su casco;

Cubierto de sangre y lodo,
 Y sus miradas fijando
 En el augusto semblante,
 Clama con acento áspero:

— «¿Y tú eres el que nos hablas
 De esa manera, menguado?
 ¿Tú el que baldonas mi extirpe
 De nobles antepasados?

¿Tú el cobarde, tú el que vendes
 La patria á viles extraños,
 Y el que por miedo se entrega
 Prisionero entre sus manos?

Deja que corra la sangre,
 Si no has sabido evitarlo,
 Y el débil huso y la rueca
 Maneja torpe! entretanto,
 Que mientras hilas tranquilo,
 Aquí la muerte esperamos,
 Y moriremos con honra
 Los que nacimos honrados.

Y diciendo estas palabras
 Asíó tembloroso el arco
 Del cual contra el rey al punto
 Partió una flecha silbando.

Como las aguas del río
 Al encontrar á su paso
 Cortada á pico, en las cumbres,
 La pendiente de un barranco,

Con ímpetu se desbordan
 Ondas tras ondas, rodando
 Sin que la corriente pueda
 Detener el curso raudo,

Así las hirvientes olas
 De aquel atroz populacho,
 De Quauhtemotzin al punto
 El torpe ejemplo imitando,

Se precipitan furiosas
 Contra su rey indignado;
 Y de improperios y piedras
 Puebla al instante el espacio.
 Y aunque el noble Moteuczoma,
 De dos rodelas armado,
 Quiere defender el cuerpo
 Del furor de sus vasallos.

Recibe en la angusta frente
 Un golpe de honda, y airado,
 Al descubrirse, le clavan
 Aguda flecha en un brazo.
 Se baña en su sangre, cae
 De furia y de rabia pálido,
 Y en hombros de sus ministros
 Es conducido á su cuarto.

Con impetu se desordenan
 Ondas tras ondas rodando
 Sin que la corriente pueda
 Detener el curso raudal.
 ¡Cunde la horrible noticia!
 Tiembla el valor castellano;
 El pueblo grita entusiasta
 Y sigue dando el asalto!

ROMANCE IV

EL DELIRIO.

Un solo instante aparece
 Tras de los montes la luna
 Y el viento en torno á su frente
 Torvo nublado acumula.
 Ni un astro errante en el cielo
 Con pálida luz fulgura,
 Y algo de fúnebre y tristería
 La creacion entera anuncia.